

JENNIFER L. HOLM

EL PEZ
NÚMERO
CATORCE



Traducción del inglés de
Sonia Tapia

Título original: *The Fourteenth Goldfish*

Copyright © Jennifer L. Holm, 2014

Copyright de las ilustraciones de cubierta y de interior © Tad Carpenter, 2014

Publicado por primera vez en Estados Unidos por Random House Children's Books, New York.

Publicado por acuerdo con Jill Grinberg Literary Management LLC

y Sandra Bruna Agencia Literaria, S.L.

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-9838-814-5

Depósito legal: B-17.296-2017

1ª edición, septiembre de 2017

Printed in Spain

Impreso y encuadernado en:

RODESA - Pol. Ind. San Miguel. Villatuerta (Navarra)

*Para Jonathan, Will y Millie,
mis científicos locos*

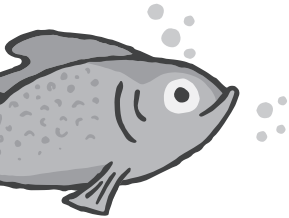
A un hombre no se le puede enseñar nada;
sólo se le puede ayudar a descubrirlo por
sí mismo.

GALILEO GALILEI



1

Nemo



Cuando estaba en preescolar, tenía una maestra que se llamaba Starlily. Llevaba vestidos hippies teñidos de muchos colores y siempre nos traía galletas de cereales y lino que no sabían a nada.

Starlily nos enseñó a sentarnos quietos para merendar, a taparnos la boca para estornudar y a no comernos la plastilina, algo que casi todos los niños parecían considerar opcional. Y un buen día nos trajo a cada uno un pecesito de colores. Los había comprado en una tienda de animales, diez por un dólar. Antes de mandarnos a casa con él, les dio una charla a nuestros padres.

—El pecesito les enseñará a vuestros hijos el ciclo de la vida —explicó—. Un pez de colores no dura mucho tiempo.

Yo me llevé a mi pez a casa y le puse de nombre *Nemo*, como todos los niños del mundo que se creían muy originales. Pero resultó que *Nemo* sí era original.

Porque *Nemo* no se murió.

Incluso después de que todos los peces de mis compañeros se hubieran ido a la gran pecera del cielo, *Nemo* seguía vivo. Y seguía vivo cuando terminé preescolar. Y también cuando cursé primero. Seguía vivo en segundo, en tercero y en cuarto. Y por fin, cuando estaba en quinto, entré una mañana en la cocina y me encontré a mi pececito flotando panza arriba en la pecera.

Mi madre soltó un gruñido cuando se lo conté.

—Pues no ha durado mucho —comentó.

—Pero ¿qué dices? —exclamé—. ¡Si ha durado siete años!

Ella sonrió y dijo:

—Ellie, ése no era el *Nemo* original. El primer pez sólo duró dos semanas. Cuando se murió, compré otro y lo metí en la pecera. A lo largo de los años ha habido un montón de peces.

—¿Éste qué número era?

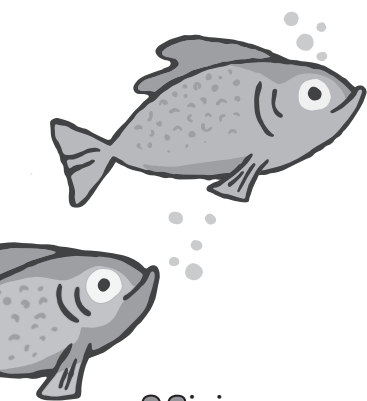
—El trece, el de la mala suerte —me contestó con expresión irónica.

—Todos tuvieron mala suerte —observé yo.

Organizamos un funeral para *Nemo 13* en el váter, y le pregunté a mi madre si podíamos tener un perro.

2

Puzles



Vivimos en una casa que parece una caja de zapatos. Tiene dos habitaciones y un baño, con un inodoro que siempre está atascado. Creo que está embrujado por los fantasmas de todos los peces que hemos tirado ahí dentro.

El patio es diminuto: sólo una losa de cemento en la que apenas caben una mesa y unas sillas. Por eso mi madre no me deja tener perro. Dice que no sería justo para él, que un perro necesita un jardín de verdad para correr.

Mi canguro, Nicole, entra en la cocina, donde yo estoy haciendo un puzle que prácticamente ocupa toda la mesa.

—Llevas con ese puzle una eternidad, Ellie —me dice—. ¿De cuántas piezas es?

—De mil.

Es una imagen de Nueva York: una escena de la calle, con taxis amarillos.

Me encantan los puzles. Me gusta imaginar cómo encaja todo. Cómo una curva se ajusta a otra curva y el ángulo perfecto de una esquina.

—Algún día voy a actuar en Broadway —me dice.

Nicole tiene el pelo largo, precioso, como de anuncio de champú. Hizo de Julieta en la producción de *Romeo y Julieta* que mi madre dirigió en el instituto. Mi madre es profesora de teatro en el instituto y mi padre es actor. Se divorciaron cuando yo era pequeña, pero siguen siendo amigos.

Me dicen siempre que tengo que encontrar mi pasión. Concretamente, les gustaría que me apasionara el teatro. Pero no es así. A veces me pregunto si nací en la familia equivocada. Estar en el escenario me pone muy nerviosa (he visto a demasiados actores meter la pata), y tampoco me entusiasma trabajar entre bambalinas (al final siempre acabo planchando trajes con vapor).

—Ah, sí. Ha llamado tu madre. Va a llegar tarde —dice Nicole. Y casi como si acabara de acordarse, añade—: Por lo visto ha tenido que ir a la policía a buscar a tu abuelo.

Por un momento pienso que he oído mal.

—¿Qué? ¿Le ha pasado algo?

Ella se encoge de hombros.

—No me lo ha dicho. Lo que sí ha dicho es que podemos pedir una pizza.

Una hora más tarde, tengo la barriga llena de pizza, pero sigo sin entender nada.

—¿Mi madre no ha dicho por qué estaba mi abuelo con la policía? —pregunto.

Nicole también parece perpleja.

—Pues no. ¿Es que suele meterse en líos?

Niego con la cabeza.

—No creo. Quiero decir que es viejo.

—¿Qué edad tiene?

No lo sé muy bien. La verdad es que nunca se me había ocurrido pensarlo. A mí, sencillamente, siempre me ha parecido «viejo»: con arrugas, el pelo gris, un bastón... El típico abuelo.

Sólo lo vemos dos o tres veces al año, normalmente en un restaurante chino. Siempre pide *moo goo gai pan* y roba sobrecitos de salsa de soja para llevárselos a su casa. Muchas veces me he preguntado qué hará con ellos. No es que vivamos muy lejos, pero mi madre y él no se llevan del todo bien. Mi abuelo es científico y dice que lo del teatro no es un trabajo de verdad. Todavía está enfadado porque mi madre no fue a Harvard, igual que él.

A lo lejos se oye la alarma de un coche.

—Quizá haya tenido un accidente de tráfico —aventura Nicole—. No sé por qué los adolescentes tienen tan mala fama, cuando los viejos conducen mucho peor.

—Mi abuelo ya no conduce.

—Puede que se haya perdido. —Nicole se da unos golpeitos en la cabeza—. Mi vecina tenía alzhéimer y no hacía más que escaparse. La policía tenía que llevarla siempre de vuelta a su casa.

Parece que esté hablando de un perro.

—Eso es muy triste —comento.

Nicole asiente con la cabeza.

—Tristísimo. ¡La última vez que se escapó la atropelló un coche! Qué fuerte, ¿verdad?

Me la quedo mirando con la boca abierta.

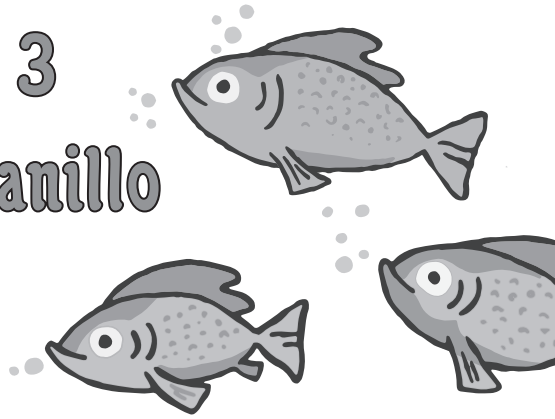
—Pero seguro que tu abuelo está bien —añade luego.

Entonces se echa el pelo hacia atrás y sonrío.

—¡Oye! ¿Quieres que preparemos palomitas y veamos una peli?

3

El anillo



Por la ventana de mi cuarto entra un aire caliente. Vivimos en el Área de la Bahía, a la sombra de San Francisco, y las noches de finales de septiembre pueden ser frescas. Pero esta noche hace calor, como si el verano se negara a marcharse.

Antes me encantaba la decoración de mi cuarto, pero últimamente no estoy tan segura. Las paredes están cubiertas con las huellas de mis manos pintadas y con las de mi mejor amiga, Brianna. Empezamos a hacerlas en primero y cada año añadíamos más manos. Se puede ver cómo las huellas se van haciendo más grandes, como si fuera una cápsula del tiempo de mi vida.

Pero este curso todavía no hemos dejado ninguna, ni siquiera este verano, porque Brianna ha

encontrado su pasión: el voleibol. La verdad es que ya ni siquiera sé muy bien si sigue siendo mi mejor amiga.

Es tarde cuando por fin la puerta del garaje se abre con un chirrido. Oigo a mi madre hablar con Nicole en el recibidor y voy con ellas.

—Gracias por quedarte —le está diciendo.

Mi madre parece agotada. Tiene todo el rímel corrido bajo los ojos y el lápiz de labios casi borrado. Su color natural de pelo es rubio oscuro, como el mío, pero ella se lo tiñe. Ahora lo lleva morado.

—Ningún problema —contesta Nicole—. ¿Está bien tu padre?

Una expresión inescrutable cruza el rostro de mi madre.

—Sí, sí. Está bien. Gracias por preguntar. ¿Necesitas que te lleve a casa?

—¡No hace falta! Por cierto, Lissa, ¡tengo una buena noticia!

—¿Ah, sí?

—¡Me han dado trabajo en el centro comercial! Genial, ¿no?

—No sabía que buscaras trabajo —dice mi madre, desconcertada.

—Pues sí. No creía que me lo fueran a dar. Es una oportunidad fantástica. ¡En el taller de piercings del centro!

—¿Y cuándo empiezas?

—Bueno, ése es el asunto... Quieren que empiece mañana por la tarde, así que ya no podré cuidar de Ellie. Te habría avisado con más tiempo, pero...

—Tranquila, lo entiendo —responde mi madre, aunque percibo la tensión en su voz.

Nicole se vuelve hacia mí.

—Ah, se me había olvidado contártelo. ¡Me hacen descuento! ¿A que es estupendo? Así que pásate por allí cuando quieras.

—Ah... vale —contesto.

—Bueno, tengo que irme ya. ¡Buenas noches!

—Buenas noches —repite mi madre.

Nos quedamos las dos en la puerta, viendo cómo se aleja en la noche.

—¿Acaba de dejarnos? —pregunto. Estoy un poco impactada.

Mi madre asiente con la cabeza.

—Esto ha sido la guinda del pastel.

Me quedo mirando fijamente en la oscuridad para vislumbrar por última vez a mi canguro, pero distingo otra figura: un niño con el pelo largo. Está debajo de la vieja y agonizante palmera que tenemos en el jardín delantero, que no hace más que soltar enormes hojas marrones por todas partes. Mi madre dice que hay que talarla.

El niño es delgado, con aspecto fibroso. Aparenta unos trece o quizá catorce años. A los chicos a veces es difícil calcularles la edad.

—¡Tienes que sacar la basura! —le grita el niño a mi madre. Mañana es cuando la recogen, y los cubos de nuestros vecinos están alineados en la calle.

—¿Quieres entrar de una vez, por favor? —replica mi madre.

—¿Y cuándo fue la última vez que abonaste el césped? —inquire él—. Han salido malas hierbas.

—Es tarde —insiste mi madre, que aguanta impaciente la puerta abierta.

Me pregunto si será uno de sus alumnos. A veces la ayudan a cargar y descargar cosas de su enorme y destartalada furgoneta.

—Tienes que cuidar la casa si quieres que conserve su valor —añade el chico.

—¡Que entres!

Reticente, el niño coge una enorme bolsa de lona y camina hacia la casa.

No parece el típico alumno del grupo de teatro. Éstos normalmente llevan vaqueros y camisetitas, ropa cómoda. Pero él viste una camisa arrugada de raya fina, unos pantalones kaki de poliéster, una chaqueta de tweed con coderas y unos mocasines de piel. Pero lo que más llama la atención son sus calcetines: negros, de ejecutivo. En el colegio no hay muchos niños que lleven ese tipo de calcetines. Parece que estuviera a punto de ir a un *bar mitzvah*.

Se me queda mirando con unos ojos penetrantes.

—¿Has entrado en el cuadro de honor?

Me desconcierta un poco, pero de todas formas contesto:

—Eh... Todavía no nos han dado las notas.

Hay algo en él que me resulta familiar. Tiene el pelo castaño oscuro, bastante alborotado, y con las puntas teñidas de gris. ¿Será un actor de alguno de los espectáculos de mi madre?

—¿Quién eres? —le pregunto.

Me ignora.

—Tienes que sacar buenas notas si quieres acceder a un programa de doctorado que sea competitivo.

—¿Un doctorado? ¡Tiene once años! —exclama mi madre.

—Nunca es pronto para empezar. Y a propósito —añade, con una significativa mirada al atuendo de mi madre—, ¿eso es lo que te pones para ir a trabajar?

A mi madre le gusta asaltar el guardarropa del teatro del instituto. Esta mañana se ha ido de casa con una falda negra de satén larga hasta el suelo y una chaquetilla corta encima de una holgada camisa blanca con volantes.

—A lo mejor deberías plantearte comprar un buen traje de chaqueta —sugiere.

—Ya veo que sigues viviendo en la Edad de Piedra —replica ella.

El niño se vuelve entonces hacia mí y se fija en mi pijama de pantalón corto y camiseta sin mangas.

—¿Por qué llevas un pijama tan corto? ¿Qué ha sido de los camiones largos? ¿Es que también te vuelven loca los chicos, como le pasaba a tu madre?

—Todas las niñas de su edad llevan esos pijamas —contesta mi madre por mí—. ¡Y a mí no me volvían loca los chicos!

—Si no fuera así, no te habrías fugado con uno.

—Estaba enamorada —se defiende ella, apretando las mandíbulas.

—Un doctorado dura mucho más que el amor —replica él—. No es demasiado tarde para retomar los estudios. Todavía estás a tiempo de sacar-te un título de verdad.

Hay algo en ese diálogo que me suena mucho. Como si estuviera volviendo a ver una película que ya he visto. Me fijo bien en el niño: el pelo con las puntas plateadas, lo cómodo que se lo ve en nuestro recibidor, su mano derecha, que se abre y se cierra como si tuviese la costumbre de agarrar algo. Pero lo que realmente me llama la atención es el grueso anillo de oro con una gema roja que le baila en el dedo corazón. Es un anillo de universidad, de los que te dan en la facultad, y parece viejo y muy usado.

—He visto antes ese anillo —digo. Y entonces recuerdo dónde lo he visto. Me quedo mirando al niño y balbuceo—: ¿Abuelo?